

1947-1948

CAPITULO PRIMERO: NOVIEMBRE

Pesadilla



En el sueño reinaba una obscuridad grisácea, de ceniza. Había una especie de jardín o más bien una huerta con viñas alzadas a ambos lados de un sendero. Las hojas de los sarmientos formaban un toldo a la altura de la cintura y me rozaban al pasar un poco ásperas, como manos encallecidas. Al final del camino, hacia el centro del patio, se levantaba un cobertizo de madera construido con vigas de cedro casi verdes que habían ido mermando a medida que se secaban. Hacía tiempo que la corteza les quedaba un poco grande y un poco hueca, llena de pompas de aire.

Pero no era *ver* lo que yo hacía exactamente. Recordaba, sí, o más bien imaginaba todo aquello porque antes había hecho el mismo camino muchas veces y conocía los detalles de memoria. Ver, ya digo, era imposible porque estaba muy oscuro, con esa clase de oscuridad que consiste en ser opaca, sorda y opaca más que obscura. Sólo quién ha visitado el fondo del océano podría imaginar una oscuridad semejante.

Iba diciendo que andaba, o nadaba, por aquella atmósfera de cristal ahumado cuando de pronto, al ir aproximándome al cobertizo, escuché un suave aullido. Fue como si dentro del sueño me hubieran despertado de golpe cuando vi, colgados de los ganchos de las vigas por una sola pata, un racimo de perros de distintos tamaños que se balanceaban y pateaban en el aire. Antes que ninguna otra cosa, me llamó la atención lo de la pata. Es incómodo pensé y enseguida ¿por qué no les habrán colgado de las dos? Entre tanto, los animales se desgajaban, se abrían materialmente por la mitad a fuerza de retorcerse sobre su propio eje. Podía oír claramente sus lastimeros ladridos, urgentes como gritos de socorro, palabras desesperadas en un idioma extraño que yo, no se por qué, comprendía como si lo hubiera estado hablando toda la vida.

Para entonces había empezado a sentir esa terrible angustia que me acomete a veces y que consiste en querer hacer algo sabiendo desde antes de dar el primer paso que no puedes, que no puedes y que no podrás nunca y sin embargo intentarlo a costa de una violencia infinita que te muele el alma entre la piedra del miedo y la necesidad de enfrentarte a él porque no te queda, y eso es lo único que sabes, otro remedio. Quería ayudarles y al tiempo, experimentaba hacia ellos una intensa repugnancia porque me veía obligada a soportar la obscenidad de su dolorosa agonía. Aquella angustia, recuerdo, me estaba volviendo loca y cuando, al intentar desatarlos oí como ladraban imposible, imposible, me puse a gritar es imposible, imposible, pidiendo

do a veces un cuchillo, una pistola, algo para poner fin a todo aquello cuanto antes, en parte por terminar con sus sufrimientos y en parte por acabar con los míos y librarme de aquellos perros de una maldita vez.

No sabría decir cómo llegó a mis manos aquel arma pero recuerdo que me volví hacia atrás, enfrentando el túnel de sombra que había dejado a mis espaldas y allí estaba, entre mis brazos, tibia como un recién nacido.

Después todo ocurrió muy deprisa: los disparos, la sangre, mis gritos y el silencio. Cuando terminé con ellos y solo quedaban sus despojos inertes en el aire, se me vino a la boca una enorme náusea. Extendí la mano para alejar de mí la helada curiosidad de sus ojos, incliné la cabeza al pasar junto a sus cuerpos. Un poco más adelante creí ver un resplandor en el cielo y me puse de puntillas para ver la amanecida. Pero fue inútil, me había despertado.